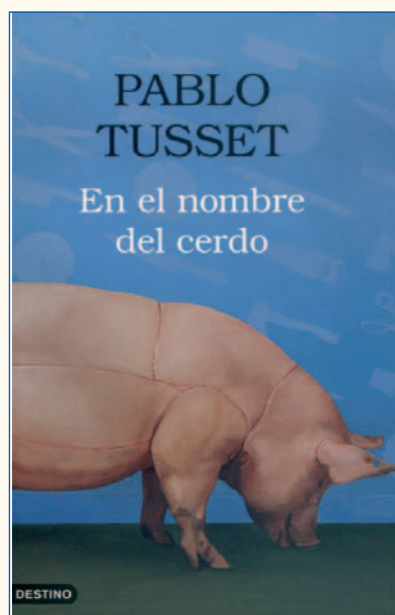


# LIBROS

Por JOAQUÍN BORRELL

## “En el nombre del cerdo” por Pablo Tusset

AUNQUE ha mediado una película, con un despliegue mediático tan intenso como puede permitirse el cine español, los cinco años transcurridos desde el éxito imprevisto de “Lo mejor que le puede pasar a un cruasán” pueden haber relegado a Pablo Tusset en la inestable memoria colectiva. Reaparece con “En el nombre del cerdo”; y en un mundillo donde los autores tienden a repetir el intento afortunado, hasta edificar carreras enteras mediante



En el nombre del cerdo, Destino.

variaciones sobre el mismo libro, un cambio tan radical de registro merece los honores del encabezamiento.

Si se permite el *oxímoron*, “Lo mejor...” fue una tontería de alta calidad. Dicho de otra forma, un juego disparatado y desinhibido de un autor de excelentes aptitudes, que quebrantaba las convenciones con tanta gracia que a

nadie le preocupaba ver a la deriva la trama de la novela. Quien, fiado en el título trasgresor de su nuevo intento, busque más de lo mismo se llevará un chasco. “En el nombre del cerdo” es un *thriller* cuyas vetas de ironía quedan ocultas bajo la carga descriptiva —a veces sobrecarga—, las incursiones en el mundo de la psicopatía y el tono serio requerido por la materia.

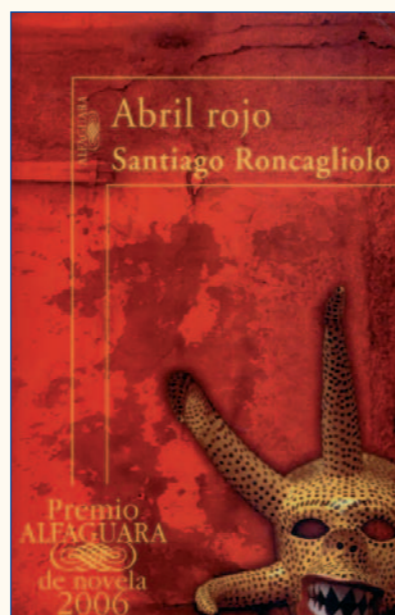
Puestos a acumular reproches, cabe añadir que las distintas urdimbres de la trama no llegan a encajar bien; que existen muchas preguntas sin respuesta y, lo que es peor, muchas respuestas sin pregunta. Acusemos, por último, ciertas concesiones a la consabida tutela que el mercado ejerce sobre las limitaciones culturales del hipotético lector-modelo. ¿Realmente un veterano comisario de policía, presentado como un hombre sensible y altamente cualificado, necesita las explicaciones de un escritor de relumbrón para saber qué es la rima asonante? Según los corchetes del citado mercado, así debe ser —encima las explica mal; aunque una página más tarde enmienda el yerro—. Sin embargo, Tusset debería estar por encima de estas exigencias.

Con tantas censuras parece que estamos hablando de un mal libro. Nada de eso. En esta nueva faceta Pablo Tusset continúa mostrando un talento inmenso. Se las ingenia como pocos para embutir al lector en el ambiente, afina la caracterización de personajes, aplica la truculencia con la intensidad y la periodicidad justas y consigue unos diálogos tan naturales que se digieren sin advertir su extensión. En cuanto a la trama, digamos que en una primera fase un comisario cercano a la jubilación investiga un crimen ritual y bastante macabro practicado en un matadero de montaña, mientras su discípulo ejerce de seductor en Nueva York a la vez que se entrega a ciertos excesos que no son del caso. En la segunda, el discípulo se introduce de incógnito en el am-

biente de la montaña, bastante menos parecido al de Heidi que al de “Abierto hasta el amanecer”. Y no contemos más, que la indiscreción desgracia cualquier *thriller*.

## “Abril rojo” por Santiago Roncagliolo

ENTRE las diversas finalidades perseguidas por los abundantísimos premios que se reparten en estos pagos —entre el régimen de autopromoción



Abril Rojo, Alfaguara.

editorial y el de autores adosados, integrados en una rotación bien medida— en ocasiones puede infiltrarse la de subrayar una buena novela. Es el caso del Alfaguara de este año, eficaz portal de introducción para un autor emergente en la literatura americana: el peruano Santiago Roncagliolo (Lima, 1975), actualmente afincado en España, con la

## “Abril rojo” es una herramienta excelente para conocer la mentalidad del indígena de tierra adentro

lejanía necesaria para explayarse a gusto sobre el sistema jurídico de su país natal.

Centrado en los sinsabores que la investigación de un crimen depara al escrupulosísimo fiscal de distrito Félix Chacaltana —acentuados conforme los indicios lo van relacionando con la guerra contra Sendero Luminoso, lo que según la versión oficial resulta imposible, pues ya hace muchos años que terminó—, “Abril rojo” reúne, por buscar dos referencias inmediatas, la ironía de “Pantaleón y las visitadoras” con los impactos de un guión de Tarantino. La mezcla da un cóctel fuerte, nada recomendable para el optimismo de quien vaya a personarse en un procedimiento penal en Ayacucho.

Una secuela estimable de la novela de calidad consiste en hacer al lector participe del ambiente en el que se enmarca, con la eficacia de una visita prolongada. Por encima de la comicidad obtenida mediante el contraste entre la realidad y la prosa oficial de los informes, según ha quedado dicho al puro estilo Pantaleón, y de la empatía del lector hacia los sinsabores del probo fiscal de distrito —cabe advertir que en cierto momento su probidad experimentará una estimable merma—, algún conocedor de la realidad sudamericana certifica que “Abril rojo” es una herramienta excelente para conocer la mentalidad del indígena de tierra adentro.

## “El viento de la Luna” por Antonio Muñoz Molina

SE ha dicho que si Muñoz Molina decidiera ambientar una narración en el palacio de Versalles comenzaría por una espléndida y minuciosa descripción de las escupideras. Puesto a narrar las



El viento de la Luna, Seix Barral.

El cuadro pintado sobre la sociedad provinciana y rural por Muñoz Molina es magnífico, lo que no quiere decir que muchos de los que vivieron la época lo consideren un buen retrato

vivencias de un chico con su edad aproximada, en un ambiente tan jienense como el natal del novelista, mientras el Apolo XI vuela y aluniza, sus mecanismos particulares activan un proceso semejante. Merced al buen oficio del autor, el lector queda plenamente inte-

grado en el talante, preocupaciones, método discursivo y experiencias del protagonista, cuyos afanes culturales halla tan oprimidos por el prosaísmo del mundo circundante como la masa de los astronautas por la fuerza gravitatoria contra la que pugna el cohete. Asiste a su particular descubrimiento simultáneo del espacio exterior y del propio cuerpo, con dedicación especial a un sector muy concreto; y asimila una versión particular de cierta España de aquel tiempo —esa España inferior que ora y bosteza, vieja y tahúr, zaragatera y triste, escribía don Antonio Machado— tan válida y respetable como cualquier otra.

No se trata de un texto autobiográfico —aunque otros autores han superado ampliamente este umbral de inhibición, el ambiente familiar está descrito con demasiada dureza—. Sin embargo, no sería la primera vez que Muñoz recurre a estas sensaciones más o menos personalizadas como material de escritura. En “Ardor guerrero” consiguió una representación de lo que fue la mili en el posfranquismo tan exacta como apta para deprimir retroactivamente a quien la hubiese vivido, por más situaciones de regocijo que pudiera almacenar en la memoria.

Si el ánimo del lector es capaz de remontar esta pendiente, se le puede recomendar “El viento de la Luna”. No vamos a decir a estas alturas que Muñoz Molina escribe muy bien. Su castellano mejora con el tiempo y su capacidad para recrear vivencias alcanza niveles proustianos, por más que uno tienda a suponer que el sabor a magdalena mojada que inspiró “En busca del tiempo perdido” se corresponda aquí con el de una galleta rancia. El cuadro pintado sobre la sociedad provinciana y el mundo rural del año 69 es magnífico, lo que no quiere decir que, por sus diferencias con el original, muchos de los que vivieron la época lo consideren un buen retrato. ■

Pablo Tusset continúa mostrando un talento inmenso. Se las ingenia para embutir al lector en el ambiente y afina la caracterización de personajes